

ONZÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.009

AUTORA: JUANA CORTÉS AMUNÁRRIZ

DESPISTES

La mujer anda preocupada, y él lo sabe porque es capaz de leer sus gestos, los dientes que aprisionan el labio inferior, la forma de ajustarse las gafas a la nariz. La observa de reojo mientras él juguetea con el bolígrafo de hacer crucigramas. *Deslucidos, estropeados.* Piensa: rotos. No rotos tiene cinco letras y hay seis espacios. Y es que Rosa no puede ocultarle nada; la convivencia les ha convertido en dos piezas que funcionan a la vez. Él puede anticipar sus deseos, sus molestias, incluso sabe cuando su sueño es intranquilo por la forma de moverse en la cama. El tiempo los ha ido fundiendo, y en eso piensa Tomás ahora, mientras la escucha discutir con los personajes de la telenovela, los que le hacen compañía por las tardes. *Almudena, eres idiota. Se ve a la legua que te va a engañar. Si está claro que te está utilizando. Tú te lo has buscado, Almudena.* El viejo asiste al monólogo de Rosa, que se enfada porque la protagonista de la serie la ignora y besa al falso galán, al hombre equivocado.

También le ha oído hablar con Cristina, su hija, por teléfono. No, Tomás no está tan sordo como ella cree. Ajados, se dice. Eso es. Si le ha salido más veces... *Dios del amor en la mitología griega.* Está fácil. Eros, claro. Tomás se queda pensando en lo que ha significado el amor en su vida. Cuando era joven, lo sentía como un grillo que restregara las patas delanteras con fruición. Sin embargo ahora lo percibe como una esfera de metal, pesada, alrededor de la cual él gira como un satélite.

- ¿En qué estás pensando, Tomás? -le pregunta la mujer apagando la tele-. Ya estás otra vez en las nubes.

Tomás se enreda con cualquier cosa. Con las palabras, con las noticias, y sobre todo con

los recuerdos de la infancia que le asaltan con gran vivacidad. Vuelve a ver imágenes del pueblo, y escucha a las vecinas que tomaban la fresca en sillas de mimbre. Vecinas que hace tiempo que dejaron este mundo, y sin embargo él las ve, con sus vestidos de cuadros, o de lunares. Las manos apoyadas en el regazo. Qué grande te estás haciendo Tomásín...

- Cada día está más despistado -le había dicho Rosa a su hija-. Se le olvida donde deja las cosas.

- Es normal, mamá -le había contestado Cristina desde el otro lado del hilo-.

No te preocupes.

Tomás sigue con el crucigrama. *Tela que hace visos y aguas*. Esa sí que no le suena. ¿Será la seda? No, le falta una letra. Tela, tela... Ésta se le resiste. Lo mejor será dejarlo, pero antes consulta las soluciones. Moaré. Joder con la palabreja. Moaré. Es que él, de las telas...

- ¿Dónde vas? -le pregunta Rosa, cuando le ve preparado para salir.

- A por el periódico.

- Cristina ha dicho que lo traerá ella -le responde.

- Pues a dar una vuelta...

La vieja frunce el ceño; no quiere que salga solo. Pero Tomás no es ningún niño, y, aunque insista, no va a conseguir retenerle en casa. Tiene algo que hacer. Podía decirle a Rosa que ha quedado con la hija, pero no lo hace. Se lo guarda para él, celoso de su secreto. Cosas de viejo.

-¿Y si se cae? -le había dicho la madre a la hija-. Yo paso mucho miedo.

No estoy tranquila... Y ¿sabes? El otro día no encontraba la cartilla del banco. Estuvo buscando por todos lados. Es la cabeza -había susurrado-. ¿Por qué no hablas con él? Ha salido varios días a por las recetas del médico, pero vuelve sin ellas. No sé dónde va. No sé lo que hace.

La hija había prometido a la madre que lo haría, que hablaría con el padre. Ellos parecían incapaces de hacerlo, como si el miedo a hacerse daño les incomodara. Y ahora se encontraban en una cafetería con grandes ventanales, sentados en una mesa frente a dos tazas.

- ¿Qué quieres hija? -le pregunta Tomás, dando vueltas al café descafeinado. Cristina mira al viejo, y siente un estremecimiento que intenta controlar. Los ojos húmedos, y la amenaza de una operación de cataratas. La dentadura postiza que a veces se le despegaba. El temblor de las extremidades. Recuerda ahora el silbido que anunciaba que su padre subía la escalera. El silbido que llegaba claramente a sus oídos cuando se abría la puerta. Entonces ella, Cristina niña, corría a sus brazos y él la elevaba hasta su pecho. Mi princesa, la llamaba. ¿Cómo está mi princesa?

- ¿Te sucede algo, papá? -pregunta al fin la hija.

El viejo siente el calor de la taza en la yema de los dedos. ¿Suceder? Sucede la vida. Sucede la decrepitud, los resquicios, el invierno. Sucede la cuenta atrás que llega, cuando en lugar de contar un día más, se cuenta un día menos. Eso sucede. Pero él sólo le dice que se siente cansado, que ochenta son muchos años. Y le reconoce que a veces se queda embobado, y cuando se da cuenta su mente se ha ido. Hay días que tiene la sensación de pasar más tiempo fuera, fuera de su casa, de su vida actual, que dentro. Porque quizás envejecer es una forma de irse. Y también le dice que se le olvidan algunas cosas... No es fácil decirlo. Es como desnudarse, mostrar sus piernas flacas y huesudas. Como ponerse una bata de hospital de esas que dejan el culo al aire, que le hacen sentirse a uno un ser desvalido. Y, puestos a sacar trapos sucios, le reconoce que lo peor fue lo del cumpleaños del niño. No, eso no tenía excusa. Su único nieto... ¡Qué vergüenza!

Ella misma, Cristina, había llamado a la hora de la cena y se lo había dicho a la madre. Lo hizo con tacto. Sé que ibais a llamarle, pero como hoy se acuesta pronto...

Será mejor que le felicitéis ya. Y luego Rosa había regañado a Tomás.

- Eres tú el que te encargas de esas cosas. Las letras y los números siempre han sido cosa tuya. Mira que olvidarte de una fecha así... -le había dicho.

El viejo sigue con su confesión, con su voz monótona, sus ojos brillantes, y los dedos pegados a la taza que se enfría muy lentamente. De repente no puede parar y se va vaciando de culpa. También se le ha pasado en alguna ocasión la revisión del médico. Y...

- Papá, tienes que apuntar las cosas -le dice la joven.

Es cierto que él lo apunta en el calendario, con esa letra suya que parece un montón de hormigas aplastadas. Pero, ¿de qué le sirve si luego se le olvida mirarlo? ¿Dónde puede apuntar que tiene que mirar el calendario para acordarse de lo que tiene que hacer? No quiere ser cínico, pero... Tomás sacude la cabeza. Los errores le sorprenden en los actos más triviales, descubriendo que todo lo que creía consolidado peligra. Nada vale. Hay que aprender a mirarlo todo con otros ojos.

Cristina quiere dar por terminada esa molesta conversación. No es agradable interrogar al padre, descubrir sus puntos débiles, saberle vulnerable. Pero para Tomás la conversación no ha acabado.

- ¿Y qué ocurre con tu madre? -le pregunta el hombre a bocajarro.

- ¿Con mamá?

- ¿Acaso no te has dado cuenta? -insiste el padre.

La joven se siente como una niña pillada en falta. ¿A qué se refiere su padre?

No, ella no ha observado nada extraño en la madre. Es la misma de siempre, una mujer ligeramente angustiada, que tiende a sufrir por lo que todavía no ha sucedido.

- Eso es porque siempre habla de mí. Así oculta lo que le sucede a ella.

- No sé de que hablas...

Tomás suspira profundamente.

- Ella no parece darse cuenta. Si no echa sal a la comida, se ríe por lo bajo, quitándole importancia. Ya no coloca la ropa en el armario con el orden que ha seguido durante años. No hay quien encuentre nada. El otro día aparecieron mis calcetines entre los trapos de cocina. Pero ella dice que soy yo, que no encuentro las cosas. Erre que erre. Estás chocheando, Tomás . Estás chocheando, me dice.

- Espera papá... Cuéntamelo despacio.

- Ni siquiera recuerda tu número de teléfono a pesar de llamarte varias veces al día. Tampoco sabe para qué sirve cada medicina y soy yo quien se las doy, para que no se equivoque. Me manda un día tras otro a por recetas. Incluso he tenido que esconder la cartilla del banco, porque se la deja en cualquier lado y un día nos vamos a llevar un buen susto. Eso por no hablar de la casa...

- ¿ Qué le pasa a la casa?

- Hace tiempo que se le olvida limpiar el baño, o cambiar las sábanas...

- Pero la casa está impecable, papá.

- Porque yo la limpio por las noches, hija.

- ¿Tú la limpias?

- Alguien tiene que hacerlo, ¿no? Y prefiero que ella no se dé cuenta. No quiero inquietarla, la verdad.

Cristina no puede evitar el gesto de sorpresa tras escuchar las palabras del padre. El deterioro del que él habla le ha cogido por sorpresa, y no puede evitar sentir un ramalazo de culpabilidad. ¿Cómo no se ha dado cuenta? Vive tan inmersa en su cotidianidad que no es capaz de ver a dos palmos de sus narices. La hija piensa en la madre y siente como si le lloviera dentro del pecho. Una lluvia fina empapa sus órganos. Le duele la decadencia materna, aún más que el presunto declive paterno. Porque no había contado con ella. Porque pensaba que su madre siempre estaría allí, organizándolo todo, dueña y

señora de los entresijos de su hogar. Entiende a la vez que su insistencia en mostrarle la precariedad del padre es quizás un mecanismo inconsciente que oculta y transforma el miedo de la mujer, que la mantiene a salvo. Todo el mundo necesita un salvavidas.

- ¿Cómo has encontrado a tu padre? -le pregunta Rosa a su hija.

Como muchas tardes, Cristina ha subido a saludar a su madre. Su padre ha preferido dar un paseo. Su rostro tenso. Ella le ha visto alejarse con ese paso inseguro de los ancianos, apoyado en su bastón que, mal que le pese, se ha vuelto imprescindible. La joven se ha sentado en la cocina sin ni siquiera quitarse la chaqueta. Parece cansada. Su mirada recorre tristemente los azulejos, ensimismada.

- Está mejor de lo que parece. Sólo son los años...

- Me preocupo tanto por él... -insiste la madre.

En ese momento escuchan el sonido de la llave en la cerradura de la puerta. Tomás entra en casa. Lleva en sus brazos un ramo de flores. Las dos mujeres le miran sorprendidas. Ha sido un acto sin premeditación. De vuelta a casa ha pasado por una floristería y ha recordado las rosas que ha regalado a su mujer durante su vida, cada vez que sucedía algo importante. Entonces ha deseado hacerlo de nuevo. La vida se escapa, pero las rosas huelen tan bien, se dice Tomás.

- Flores... -Murmura Rosa.

- ¿Te gustan?

- Mucho.

A la mujer se le nota la emoción en el rostro. Sus manos temblorosas sujetan el hermoso ramo. ¡Que detalle ha tenido Tomás! Pero... Las lágrimas se asoman a sus ojos. Siente una terrible pena. Tomás ha confundido la fecha de su cumpleaños. Porque... ¿qué día es? No lo sabe, pero no cree que sea su cumpleaños. Su cumpleaños es... en invierno. Y hoy hace sol. Debe de ser primavera.

- Nunca antes me habías regalado rosas -comenta conmovida.

Y Tomás piensa en esas flores que están en algún lugar de su memoria, marchitas. Y Cristina, que la escucha, evita mirar al padre.

- Es que te lo mereces, querida -le contesta el viejo.

Y la mujer, feliz, sonrío y huele las flores.

-¡Qué maravilla, Tomás! ¡Qué maravilla...! Por cierto, ¿te has acordado de traer las recetas, cariño?

Tomás asiente con la cabeza y besa a su mujer, con suavidad, en la mejilla.